

»una sombra de Obispo, indigno de besar la huella de sus
»pies.» (1)

Volviendo á encargarse del gobierno de su diócesis, sin permitirse ni un dia de descanso despues de este largo viaje, se encontró, como antes, agobiado de trabajos que le obligaron á sacrificar hasta el goce mas amado para un espíritu como el suyo, el del estudio. «Estoy, escribe á uno de sus amigos (2), en un continuo bullicio, que los negocios de esta diócesis me producen incesantemente, sin que haya un solo dia en que pueda ver mis pobres libros que he amado tanto otras veces, y que ya ahora no me atrevo á amar por no hacer mas sensible el divorcio que he hecho con ellos.»

Entre las personas cuyas visitas absorbían la mayor parte del tiempo del santo Obispo, se encontraron un dia los parientes lejanos de un cura que habia muerto en las montañas de Faucigny. Segun la ley de aquel tiempo, cuando moria un cura sin herederos reconocidos por la ley ó instituidos por testamento, sus bienes, cualesquiera que fuesen, pertenecían de derecho al obispo. Afligidos de verse arrebatada una herencia con la cual contaban, estos parientes se habian dirigido, primero al mayordomo del Obispo, Jorge Rolando, rogándole tomase en consideración su pobreza y moviera á su amo á que renunciase á sus derechos, mediante la suma de veinte ducatonos ó sean setenta y nueve francos (3) que le ofrecían como indemnización. El mayordomo, mirando una oferta tan pequeña como una impertinencia (porque la herencia valia diez veces mas) les habia despedido sin querer oírlos mas. Ellos entonces, esperando mas de la caridad del amo que de la del criado, fueron á ver al Obispo, y despues de haberle espuesto exajeradamente su pobreza y referido la negativa de Jorge Rolando, le reiteraron la oferta de los veinte

(1) Año de la Visitacion, 25 de mayo.

(2) Carta CCLXXXIV.

(3) El ducaton valia 3 francos 45 céntimos.

ducatonos: Francisco aceptó al punto un convenio tan desfavorable, les cedió toda la herencia por un acta firmada de su mano, y tomó alegremente la suma propuesta. «He aquí, les dijo, una suma que vendrá bien á mis pobres.» No bien lo hubo sabido el mayordomo, cuando fue muy disgustado á buscar á su amo y á reconvenirle con amargura por el apuro en que le ponía en subvenir al gasto de la casa. «¡Cómo! amigo mio, contestó Francisco con una amable sonrisa, si este buen sacerdote no hubiera muerto ¿no hubiéramos tenido con que vivir? Pero consolaos, mi querido Rolando, no volveré á hacerlo mas. En cuanto á los veinte ducados, estan ya destinados para los pobres.» Habiendo en esto llegado un amigo y demostrándole su sorpresa de ver salir al mayordomo de tan mal humor: «Es, le dijo Francisco, que he hecho una mala pasada á Rolando; esperaba cobrar una suma considerable de unos bienes que me han tocado en herencia; la he cobrado sin que supiera nada, y la he distribuido á los pobres. Dios nos guarde de mayor mal!» (1)

El enfado de Rolando no duró mucho; habiendo sido conducidos al palacio varios desgraciados para ser curados de su enfermedad, la que creían generalmente ser una posesión del maligno espíritu, el santo Obispo los miró pensativo, sin decir nada. Rolando, admirado de este silencio, le rogó los hablara y los curara. «¡Ah! dijo Francisco sonriendo, me alegro mucho que mi Rolando me enseñe á hacer milagros.» Luego les habló con su piedad acostumbrada, los bendijo, y quedaron al punto perfectamente sanos y tranquilos. Hizo lo mismo, algunos dias despues, con otros diez desgraciados que el demonio atormentaba de una manera horrible, á los cuales despues de confesados les hizo comulgar, y solo con la bendición los dejó libres enteramente (2).

Francisco permaneció poco tiempo en Annecy, pues

(1) Carlos Aug., p. 437.

(2) Idem, p. 437 y 338.

partió para dirigirse al país de Gex, que era el objeto constante de sus solicitudes. Los ministros herejes de estos países, apoyados por la república de Ginebra y alentados con la política tímida de Francia con respecto á la herejía, se obstinaban en no volver á la Iglesia los bienes que le habian quitado, y á los sacerdotes que enviaban allí para restablecer la religion católica les faltaban las cosas mas necesarias para la vida (1). Sin desalentarse por la inutilidad de sus primeras tentativas, Francisco habia dirigido el año precedente á Luis XIII una instancia sobre este asunto; pero habiendo el encargado de los negocios de Ginebra en París rehusado recibir traslado de ella, y habiendo escrito á la Reina regente los señores de su república, á los que habia informado de este paso, la instancia fue desechada. No habiendo tenido resultado por este lado, comprometió á uno de sus amigos, Mr. de Mazuyer, consejero del Rey y mas tarde primer presidente del parlamento de Tolosa, á que obtuviese al menos que los beneficios, á medida que fueran vacando, fuesen devueltos á los párrocos católicos por la via ordinaria del concurso y el nombramiento del Obispo. Este digno amigo solicitó para el santo prelado no solo la concesion del derecho que reclamaba, sino aun una posicion mejor si lograba llevarle á París. He aquí lo que espresa esta carta inédita de San Francisco de Sales, con fecha del 14 de noviembre de 1612 (2). «Nuestro pobre Gex, le escribe, está siempre casi en el mismo estado; aunque sobran buenas disposiciones que prometen un porvenir mejor, por lo que debemos alabar á Dios, pues nosotros no merecemos que cambie repentinamente los corazones, como cambió el agua en vino. Procuraré hacer que nada falte hasta donde alcanza mi poder..... Vuestra bondad ha conseguido cartas

(1) Carta CCLXXXIV.

(2) El señor Marqués de Cambis dice haber copiado esta carta del original en Tolosa, en casa de la Señora Marquesa de Thezan, biznieta del señor de Mazuyer, t. II, p. 347.

»para el nombramiento de los sacerdotes á los beneficios, »pero exigen tantas formalidades, que no podrán serles »útiles, porque si falta la menor cosa, no dejará de haber »quien ataque á estos pobres curas para tomar sus beneficios, manjar tan deseado en este tiempo, que los mas incapaces son los que quieren mas tenerlos. Os doy gracias »por vuestros bondadosos proyectos con respecto á mí; »nunca mereceria este favor, como no sea que mis deseos »de obrar el bien se admitan en lugar del mérito. Dios, que »por su gracia me ha asistido hasta ahora en este camino »eclesiástico por el cual marchó, me ha dado á comer pan, »á beber agua y vestidos para cubrirme, lo que es suficiente para obligarme á tenerle por mi Dios, á levantar »altares en Gex, en Francia y en todas partes donde le »agrade emplear mi miseria para la gloria de su misericordia. Os hablo así, Señor, con la confianza que me da »la amistad, no en son de rehusar, sino para deciros que »nunca pretenderé nada. El que no se contenta con lo preciso nunca tiene lo bastante. *Cui quod satis est non est satis, illi nihil satis est.*»

Los buenos oficios del Señor de Mazuyer no obtuvieron sino escasos resultados, y Francisco comprendió que no le quedaba mas que hacer por sí mismo, en el país de Gex, todo el bien que pudiera. Pasó allí todo el mes de noviembre; y á fuerza de celo é industria, logró restablecer el Oficio divino en ocho parroquias, Gex y Targes, Pason y Chaler, Ussy y Divonne, Thoizg y Sacconay; obligó á los curas, á los cuales colocó allí, á residir constantemente, bajo pena de ser privados de una parte de sus beneficios, en proporcion con el tiempo de su ausencia; proveyó á todas estas iglesias de lo que les era necesario; fijó la hora de la Misa y de las Vísperas, y prescribió la instruccion y el catecismo todos los domingos, el canto de una antífona de la Santísima Virgen los sábados, y las oraciones acostumbradas por los difuntos. Al mismo tiempo asignó al maestro católico de Gex una renta anual de novecientos florines, ó sean cuatrocientos catorce fran-

cos (1); mandó á todos los patronos restablecer las capillas que les pertenecian, bajo pena de ser privados del derecho de patronato; nombró al cura de Gex administrador de todo este distrito bajo la proteccion del rey de Francia; y prohibió á los capuchinos hacer allí otra provision que la del vino y el trigo, y emprender nada importante sin consultarlo previamente (2).

En medio de estas graves ocupaciones, se tiene gusto en oír al santo Obispo, no menos atento á su salvacion que á la de los demás, decir á la Madre Chantal (3): «Entre tantos negocios, no sé de qué lado volverme; pero nuestro Salvador me da como un nuevo ánimo para amarle, servirle y honrarle mas que nunca con todo mi corazón, con toda mi alma y todo mi sér. Digo de todo mi sér, habiéndome apercebido que hasta ahora no he tenido el ardor conveniente á todo lo que debo á esta inmensa bondad. Debemos hacer esfuerzos para ser santos y hacer grandes servicios á Dios y al prójimo. Los negocios de la religion, que se aumentan aquí todos los días, me hacen detener mas tiempo del que pensaba, pero sin duda con mucho contento por mi parte, porque es para la gloria de Dios y el servicio de las almas que Él ha rescatado.»

El bien que hizo Francisco en estos paises dejó aún mucho que desear. A consecuencia de la obstinacion de los ministros en conservar los bienes eclesiásticos, los curas y las Iglesias estaban siempre en la mas extrema pobreza. Varias veces el vigilante pastor reiteró sus quejas en la corte: y Luis XIII, aún de menor edad, apreciando este estado de cosas, pero no pudiendo remediarlo por el momento, le envió trescientos escudos con el fin de proveer á las reparaciones mas urgentes de los lugares santos. El hombre de Dios se apresuró á manifestarle su reconocimiento con una carta llena de gracia (4), donde, des-

(1) El florin 46 céntimos.

(2) Carlos Aug. p. 437 y 438.

(3) Carta CCLXXXVIII.

(4) Carta CCLIV.

pues de haber dicho que «los favores que vienen de tan alto lugar son siempre de grande estima, porque son como las arras de los mayores beneficios para el porvenir, le espresa la esperanza, que la real bondad de Su Majestad miraría con ojos propicios la miseria profunda á que habia reducido á este pais la herejía.»

Pero habia en el distrito de Gex alguna cosa peor que la pobreza que afligia el corazón del santo Obispo, y era la privacion de esa libertad religiosa que los duques de Saboya dejaban al pais cuando eran dueños de él, y á la que la Francia habia sustituido una servidumbre humillante bajo el poder del magistrado secular. «Qué abyeccion, escribia el santo Obispo (1), que no podamos hacer uso del poder espiritual que Dios nos ha confiado, sino con la aprobacion del magistrado temporal; que, simples ejecutores de sus voluntades, debemos castigar cuando nos lo mande, dejar de castigar cuando lo ordena, y estemos así privados de la llave principal que Nuestro Señor nos ha dado! ¡Ah! verdaderamente nuestra Iglesia tiene derecho á esclamar como Jerusalem: *Vide, Domine, et considera quoniam facta sum vilis. Manum suam misit hostis ad omnia desiderabilia ejus, quia videt gentes ingressas sanctuarium tuum, de quibus praeceperas ne intrarent in ecclesiam tuam* (2). Ved, Señor, y considerad cuán humillada estoy; el enemigo ha puesto la mano sobre mis bienes mas preciosos, y se ha visto á los profanos penetrar en vuestro santuario, á pesar de la prohibicion que les habeis puesto de introducirse en la administracion de las cosas santas.»

Francisco creyó entrever una ocasion de remediar tantos males en la próxima reunion de los estados generales del reino, en lo que habia consentido María de Médicis por el tratado terminado en Saint-Ménéhould, con el príncipe de Condé y los príncipes y señores de su

(1) Carta CCCV.

(2) Toren. 1, 10.

partido. Luego esta esperanza pareció disipársele por la oposicion de la reina, la cual temia que esta asamblea la inquietara por los actos de su regencia, pidiendo el alejamiento de sus ministros, é impidiera al rey, que iba á entrar en su mayoría, le dejara la misma autoridad que habia tenido desde la muerte de Enrique IV. En fin, habiendo sido Luis XIII declarado mayor de edad el segundo dia de octubre, ordenó definitivamente la reunion de los estados generales para el 10 de octubre siguiente; y en consecuencia, los estados particulares del ducado de Borgoña se reunieron para estender sus despachos de representacion y nombrar á sus diputados.

Monseñor de Belley fue nombrado; y el Obispo de Ginebra se apresuró á recomendarle los intereses de la parte de su diócesis que dependia del reino de Francia. «Estoy seguro, le escribe (1), que hareis todo lo posible por la conservacion de los derechos de Dios y de su Iglesia; y mientras nuestro Josué esté ahí tendremos las manos levantadas para obtenerle una especial asistencia del Espíritu Santo. Invocaremos á los ángeles protectores y los santos Obispos que nos han precedido; les rogaremos que esten á vuestro lado y os asistan con sus inspiraciones.»

Francisco, en efecto, oró con fervor y se manifestó mas piadoso que nunca, de lo cual el cielo pareció querer dar un testimonio á su pueblo. El dia de la Natividad de la Santísima Virgen, cuando, oficiando en la iglesia colegiata de Annecy, estaba sentado en su sòlio, una paloma de una blancura deslumbradora, entrando por la abertura de una ventana, vino á ponerse sobre su hombro, y de allí pasó á su pecho, sin que nadie se atreviera á tocarla y quitarla, porque todos creian ver en ella al Espíritu Santo, que bajo la forma visible que parece haber adoptado por símbolo, reposaba en el hombre de Dios comunicándole su dulzura (2). En el oficio de la tarde, en el que

(1) Carta CCGV.

(2) Dep. del Caro, Rendu, Gard, Favre y otros muchos.

predicó sobre las grandezas de María, recordó la aventura de la paloma, pero fue para aplicarla á la Santísima Virgen, á quien Dios dice en las Sagradas Escrituras, segun la interpretacion de la Iglesia: «Sois toda bella, ¡ó amada mia, paloma mia! no hay en vos mancha alguna.» Y habló con tanto fervor que comunicó á las almas de los asistentes los piadosos sentimientos que le animaban, y el auditorio se conmovió hasta derramar lágrimas.

CAPITULO III.

Francisco establece los Barnabitas en Annecy y los Cartujos en Ripailles.—Es favorecido con el don de profecía.—El Emperador de Alemania le convoca para la dieta de Ratisbonne.—Va á Lyon á visitar al Arzobispo y á Sion en el Valais, á la consagracion del Obispo de esta ciudad.—Rasgos notables de caridad y de firmeza.

(De 1614 á 1615.)

Las solicitudes que ocasionaba el estado del país de Gex á Francisco de Sales, fueron un tanto suavizadas por el consuelo que tuvo en establecer á los Barnabitas en Annecy.

Desde el dia siguiente de Pentecostés, al volver de su viaje á Milan, habia propuesto á los síndicos y consejeros de la ciudad confiar á estos santos religiosos la direccion del colegio, asegurando que su mérito, superior á todo elogio, prometia para el establecimiento un brillante porvenir; que su celo, igual á su mérito, haria en la ciudad y sus alrededores inmensos servicios; que los pueblos encontrarían en ellos predicadores y confesores hábiles, los pobres y los enfermos sacerdotes caritativos que los visitasen y aliviasen, y las obras buenas de cualquiera clase que fueran, auxiliares poderosos y desinteresados. Habiéndose sometido los síndicos y los consejeros enteramente á su parecer, el santo Obispo informó de ello al punto á los Barnabitas, y estos enviaron á tres de los suyos para to-